



CAPÍTULO II.

EL NIÑO APLICADO.

- I. Estudia Juan la lengua latina.—Testimonio de su maestro.
II. Determinan sus padres darle carrera.—Peligros y dificultades.
III. Pedro Emmerick abre un Convictorio.—Los niños de Emmerick.—Pretende Juan ser convictor y lo alcanza.

I

A los diez años, como hubiese aprendido en la escuela elemental á leer y escribir, pasó á la de latinidad. Dirigía en aquella sazón los estudios de la villa un varón diestro y prudente, por nombre Valerio Van Stiphout. A este preceptor confió Juan el niño, para que cultivase su ingenio y tomase á cargo formar su inexperto corazón. Al intento cooperó Valerio felicísimamente por espacio de cuatro años. Si en la escuela de primeras letras había el niño Juan dejado atrás á muchos otros, en ésta bien pronto aventajóse con exceso á todos los estudiantes. Su prodigiosa memoria y precoz comprensión se llevaban los ojos de todos, pero mucho más los traía suspensos su constante aplicación. A las pregun-

tas del maestro respondía casi siempre oportuna y discretamente, y no poco realizaban la discreción de las respuestas el comedimiento y la mansedumbre en que andaban envueltas; relevantes cualidades que tenían granjeada la voluntad y estima de Valerio Van Stiphout, como lo hizo notorio en la siguiente declaración por estas palabras:

Había entrado en los diez años cuando me encargué de su enseñanza; pasados los precedentes en primeras letras, estudió conmigo rudimentos de lengua latina. El ardor con que la emprendió, ayudado de su capacidad natural, en breve le puso al nivel de los más adelantados, y aun ganó por la mano á los antiguos compañeros de clase. Mis explicaciones penetraban en su mente sin dificultad, y con aquella facilidad que tenta de abrazar cuanto yo explicaba, bastábale oír ó leer una vez sola, para dar al punto de memoria cosas que otros con trabajo de muchos días apenas lograban aprender. De aquí nació el cobrarle yo tanto cariño; creció la estima hasta los términos de la admiración, y aquí fué el mirarle como prodigio y pregonarle por modelo para despertar la emulación en mis estudiantes.

Sin embargo, mal habría quedado su empeño en adelantar en letras, si no hubiera andado unido con un afán igual, ó mayor, de lograr la gracia divina para aprovechar en virtud. Dábase al cultivo de la devoción con esforzado ahinco. Huía como peste la compañía de muchachos discolos y viciosos, como si temiera que emponzoñase su alma el hálito contagioso que respiran los tales; no por eso dejaba de ingeniar trazas para rendir los corazones con aquel

su trato sencillo, y hacérselos suyos con la insinuación y ternura de su blando genio.

Era de cuerpo bien proporcionado y de muy buen parecer, y cual el cuerpo tal el alma que le regia. Ignoraba hasta el nombre de los vicios que por desgracia suelen hacer tanto estrago en las costumbres de los jóvenes; para más recatarse de las compañías, apenas se juntaba con los condiscípulos fuera del aula; unas veces tomaba el camino de su casa sin detenerse, otras se recogía en alguna sala á proseguir el estudio, otras se recreaba con algún juego tranquilo y sencillo en compañía de uno ó dos amigos de confianza.

Preguntóme un día su padre por el aprovechamiento del niño. Yo le respondí, bien me acuerdo todavía: ¡Oh mi querido Berchmans, qué dicha la tuya! Gózome por la suerte que te cabe de ser padre de tal hijo, y por los días de consuelo que te esperan de su aplicación y virtud. Yo no acabo de darme á mi mismo el parabien de la honra que me ha de acarrear.—¡Ah! si Dios me le hubiera conservado muchos años, á dónde habría llegado quien corría con paso igualmente rápido por el camino de las letras que por el de la virtud, quien daba con su impulso movimiento á toda mi clase, tan superior á todos en talento y devoción cuan inferior en edad, y de condición tan noble que tenta puestas sus complacencias en aquellos ejercicios en que el espíritu se aguza y la virtud se robustece¹. Hasta aquí el dictamen de Valerio Van Stiphout, firmado á 20 de Octubre de 1621.

¹ Proc. rom., pág. 328.

II

o se le encubría á la perspicacia del padre lo que las prendas de su hijo encerraban de precioso, y podían prometerle de halagüeño. A no haber tomado por norma de conducta los principios de la religión, hubiera dado sin duda en el achaque común á tantas familias, que, entregadas á manos de los sueños dorados de ambiciones y codicias locas, no reparan en avasallar y traer por fuerza á sus pies la voluntad de los hijos, para que sirvan con las gracias naturales al logro de sus vanísimos intentos. Por el contrario, el de los padres de Juan se cifraba únicamente en guardar para servicio de Dios aquella preciosa joya, cuyo inestimable precio conocían ellos mejor que nadie.

Pusiéronse á pensar en su carrera definitiva. Iba el niño á entrar en los once años, y la serenidad de su frente, y la dulzura de sus ojos, y lo apacible de su trato, y lo sencillo de sus costumbres, y el fervor de la aplicación, y la afición de la piedad, todo, en fin, les daba señales de un alma purísima, refrescada con el temple del favor divino, tanto más digna de traer inquieta la vigilancia de padres cristianos y de avivar sus desvelos, cuanto más al ojo podían ver los enemigos que cercarían sin falta aquella fortaleza guardada de virtudes, para tentar la entrada y saquearlas si pudieran. Porque como si la edad del niño, el temperamento sanguíneo y el natural afectuoso no bastaran á fundar serios temores, venían á darles

color y cuerpo el largo trecho que distaban de su casa las escuelas, la compañía de muchachos desconocidos, la peste de las conversaciones, el contagio de los malos ejemplos, á vueltas de cuyos inconvenientes pierde ¿qué duda tiene? bien pronto su resplandor la más acendrada virtud, si anda Perezosa la diligencia de los padres, y por eso los de Juan, á trueque de conjurar tantos riesgos, creían corto todo el caudal de su cristiana prudencia, y ni aun de sí propios osaban fiarse.

Allegábanse á estas consideraciones de los peligros de fuera, otras que, en vez de desvanecerlos, más bien los acrecentaban con los peligros de dentro; parte porque estando la madre habitualmente enferma y, por decirlo así, cosida en la cama, y el padre atareado á las faenas de la tenería, toda vigilancia se hacía insuficiente para contentar los deseos de entrambos; parte por las muchas visitas de gentes diversas que por razón del cargo público tenía el padre que despachar, y también por el cuidado de los domésticos que se veía precisado á tener á jornal bajo su mismo techo, de cuyo trato y costumbre no podía el niño quedar mejorado, sino antes expuesto á la disipación y licencia. En medio de tantas angustias, espoleados por el santo temor de Dios, que es muy consultivo, comenzaron á entrar en pensamientos de poner todo su esfuerzo, pospuestas las comodidades de la casa, en buscar asilo donde tener á cubierto de los tiros de la malicia la inocencia de su ángel y proveerle de sólida educación aun á costa de penosos sacrificios.

III

Por este tiempo, el celo, que no sabe estar ocioso en almas generosas, había despertado en la de Pedro Emmerick, párroco de Nuestra Señora de Diest, religioso premonstratense de experimentada virtud, el intento de formar ministros del santuario criándolos en letras y temor de Dios. Dentro de su misma casa, junto á la iglesia de Nuestra Señora, construyó local conveniente; y aunque le tenía abierto á todos, admitía con preferencia á los que por sus buenas inclinaciones daban muestras de ser escogidos para el ministerio sacerdotal.

El plantel de Pedro Emmerick producía frutos de bendición, que sea en la calle, sea en el templo, se hacían bien reparar en el recogimiento y compostura con que sus alumnos tenían suspensa la atención de los transeuntes.

Poníase á mirar nuestro Juan aquella turba dichosa, y se le iban los ojos y deseos tras el vestido talar y modesto que tan bien cuadraba con su inclinación. Callaba disimulando, y guardaba para mejor coyuntura la insinuación de su gusto. Mas Dios, que tenía dispuesto encomendar á Pedro Emmerick el cuidado de echar en su alma los cimientos de la virtud, para sobre ellos levantar el edificio de altísima santidad que premeditaba, no tardó en ofrecerle traza y ocasión oportuna.

Un día, en que por su aplicación había merecido Juan la palma en un certamen de latín, como el

maestro Stiphout le diese el parabién delante de su padre, quedóse éste enternecido de amor y satisfacción, y no cabiéndole el corazón en el pecho, quiso poner en los labios de su hijo la elección del premio que correspondía á los lauros merecidos.

A la propuesta del padre, ¿qué gracia había de pedir el aficionado estudiante sino la de vestir el traje de clérigo y de vivir con los colegiales del P. Emmerick? Tanto pudo con la voluntad del padre esta salida del hijo, y el hablarle á propósito de lo que menos esperaba y más se temía, que como si fuera Dios quien por boca de un ángel le hablase, sin vacilar en contrarios afectos, se rindió á las instancias, y echándose en brazos de la adorable Providencia, que aquel negocio trazaba, le presentó unos días después al venerable sacerdote, el cual le recibió con tanto mayores muestras de contento, cuanto le había dado ya con más claridad en los oídos tiempo hacía la fama de sus virtudes y aplicación.

